

con acento

El yanqui fascinado por Europa

Dennis Hopper

Resulta que a Woody Allen le han concedido el Príncipe de Asturias de las Artes. Y el hombre del clarinete vendrá a recogerlo: tiene unas ganas locas de conocer a esa clase extraña y siempre atractiva para un norteamericano, como es la monarquía. Dar la mano a unos reyes llena de emoción al autor manhattaniano por excelencia y representante eximio del cine yanqui. Desconozco si, sentado a la vera de Juan Carlos I, será capaz de hacer alguna gracia tremenda o de lanzar algunos de sus peligrosos venablos verbales. En fin que, los usacos no le han concedido porque les exaspera y en realidad no le entienden, se lo hemos regalado aquí, en esta España de la libertad de expresión más acentuada. Si bien los tiempos que vivimos pueden acabar en cualquier ley que la recorte en beneficio de esa seguridad entronizada desde el 11-S. Ya verán. Todo llegará.

Pero queríamos poner el acento en el carácter europeo de nuestro querido y admirado Allen. Se trata de un cómico absolutamente norteamericano, en la línea de los hermanos Marx y Buster Keaton, pero que piensa y verbaliza como un europeo extraído del teatro del absurdo, de una obra de Arrabal. Nunca se encuentra a gusto donde está y nunca consigue encontrarse a gusto donde está y nunca consigue

encontrarse a gusto con lo que pretende, si bien sus finales felices critican con suprema ferocidad el bienestar facilitón de las gentes de esa clase media que usa corbata, que tiene psicoanalista y, para colmo, que desea creer en lo que dice no creer. Enfermo de cardiopatía hipocondríaca, se toma píldoras, se desanima ante cualquier peligrosidad existencial, siempre se siente abatido y jamás puede resistir con una mujer algo más de una relación temporal y tristemente manipuladora. Se busca a sí mismo en todo beso, en todo abrazo, en todo sexo. Es un genio pero no lo demuestra. Es un delicado pero no lo aceptan. Es absolutamente complicado y él mismo piensa que la humanidad entera contra él. Arrabal puro. Absurdo puro. Desquiciamiento puro. Y al final, una especie de nostalgia herida.

El cine yanqui ama a sus ídolos con desmesura, pero el cine europeo lo hace con mayor decoro. Por esta razón, damos la bienvenida al club de los europeos maravillosos a este hombre pequeñito, endiosadamente venido a menos, lleno de amores rotos, todo tan europeo, que se llama y es Woody Allen, tocador de clarinete. Que tiene ganas de conocer y de estrechar la mano de unos misteriosos reyes. ■